

PRÓLOGO

Semana tras semana leía en su dormitorio de princesa, ubicado en la alta torre de marfil del castillo, hermosas cartas que hablaban de la profundidad de la vida y el amor, de las miserias humanas, de la responsabilidad personal, del desengaño y la esperanza...

Solo el agua fresca y transparente que llegaba a la hermosa fuente de piedra, ubicada en medio del castillo, en el jardín del rey, conocía la identidad del desconocido y romántico poeta... y su más fiel doncella, su preciado secreto.

CAPÍTULO 1

¡QUE ASÍ SEA!

¡Yo te concedo los dones y virtudes que coronaron a tus antepasados, quienes gobernaron con justicia, equidad y valor, heredándonos días de grandeza, respeto y gloria, y por quienes los confines del reino fueron fructíferos y grandes para bendición, prosperidad y seguridad de las futuras generaciones!

¡Que así sea! La rotunda y sonora confirmación que precedió a las sagradas y litúrgicas palabras pronunciadas por el pequeño y rechoncho sacerdote resonaron por toda la altísima y espaciosa iglesia del castillo azul enclavado cerca del manso y transparente río cantor. El gigantesco castillo y la iglesia habían sido levantados antaño por los linajes de antiguos reyes en las penumbras de los primeros días de la tierra; los abuelos de la princesa que recién acababan de bautizar.

Los gritos de felicidad y el regocijo de los nobles invitados se mezclaron con el llanto de la criatura que, aunque nacida entre algodones y oro y sostenida por los fuertes brazos de los reyes, llegaba a este mundo como todos los demás, aportando lo único que une a todo mortal y con el cual se identificaba desde el principio con todos ellos hasta el fin: su llanto.

Los músicos reales, ubicados en las escalinatas que descendían de la iglesia, pomposamente adornados para la oca-

sión con plumas de pavo real en sus sombreros y trajes de vivos colores, hicieron sonar con todas las alegres fuerzas de su corazón sus relucientes trompetas de plata, que comunicaban con estridencia a los cuatro costados del reino que la princesa se convertía en cristiana y digna heredera del reino de las altas montañas y de los valles profundos, de los amaneceres limpios y las tardes de ensueño, de las noches silenciosas y de la serenidad del mar.

Las palomas, dueñas y señoras de las torres de la iglesia, volaron en todas las direcciones posibles creando figuras en el aire, haciéndose parte de la celebración como incógnitas invitadas, y el pueblo estalló en vivas y elogios cuando la procesión real precedida por todos los nobles e importantes personajes del reino y de otros reinos pasó por delante de ellos.

¡Al fin el buen rey tenía una descendiente que le sucediera en el trono!

Hasta la primavera, que hacía rato había dejado sentir su invisible presencia por todos lados, aportaba a la fiesta con su carnaval de múltiples colores y sensaciones de perfumes nuevos en el aire.

Todos eran partícipes de aquel magno evento, que sucedía dentro de las paredes del castillo, pero rebosaba más allá de sus altas torres y almenas reforzadas: los caballeros de regias armaduras plateadas, los campesinos del valle y los leñadores del bosque, los pescadores, artesanos, tenderos, alfareros, pintores, las aves venidas del sur, los animales que cruzaban el reino en todas las direcciones, los extranjeros y los que venían por primera vez a estas tierras. Todos fueron alcanzados por ese instante mágico en que un acontecimiento lograba hacer que las personas se olvidasen de sus diferencias y se fundieran en una celebración que ahora pertenecía a todos.

Hasta las estatuas de los primeros reyes brillaban bajo el claro sol como el primer día cuando habían sido sacadas del horno candente de la fundición.

—¿Cómo se llama? —preguntó la esposa del panadero, una delgada mujer de cara tiznada que se apoyó en la punta de sus zapatos para empinarse un poco más sobre el resto y no perder detalle del fastuoso desfile que en esos momentos pasaba por delante de ella.

—¡Dicen que el rey la ha llamado Princesa Risueña! —contestó la esposa del carnicero, quien infructuosamente también intentaba mirar por encima de un encopetado sombrero de una regordeta señora de sociedad que, abanico en mano, hacía esfuerzos para aspirar un poco de aire fresco en medio del sofocante y maloliente ambiente de su alrededor. En ese momento se apretujaban y empujaban unos contra otros porque la expectación era grande.

De pronto dejaron de sonar las trompetas y cesaron las preguntas. La algarabía del pueblo y los nobles dio paso a una extraña sensación de silencio e inquietud. El rey levantó su mano en medio de quienes le rodeaban y, después de agradecer a todos que compartieran con él su alegría, ordenó que la fiesta comenzara. De nuevo el ambiente se recargó de gritos, música y baile. Un exquisito y apetecible aroma se esparció por el lugar; hasta los gatos y perros saltaron de alegría. Las mesas se llenaron de comensales y de carne, pescado, vinos, cerveza y pan. Unos bufones comenzaron a hacer acrobacias y trucos de magia para entretener a la gente. Y los buenos deseos del pueblo se fundieron en una maraña de brindis, risas, canciones y congratulaciones para el rey y su familia.

Las horas pasaron en rápida procesión unas detrás de otras, encadenadas y danzando al tic tac de la corriente de

un invisible reloj de agua que bajaba desde las montañas y se depositaba en la fuente ubicada en el centro del pueblo.

En lo alto del cielo azul la luna también se hizo presente, vestida con todo su esplendor mágico y plateado, envuelta en un manto de estrellas como si también hubiese sido invitada a la fiesta.

Entonces los muros del castillo se adornaron por los cuatro costados con enormes antorchas que se veían desde lejos, desde más allá de los límites donde las montañas perdían su verde color y se mudaban por un blanco vestido que cambiaba muy poco cada estación del año.

—¡Vaya! Veo que el rey ha bautizado a su hija —dijo el hombre, mientras con lentos pasos daba vueltas en amplios círculos en medio de la cabaña con su hijo en brazos, intentando hacer que este se durmiera. Arriba, muy arriba en la montaña, el leñador vivía solo con su hijo desde que su esposa muriera un frío invierno cuando le daba a luz. De esto hacía ya tres años. Y la herida de su corazón aún estaba abierta. Y dolía mucho, más aún cuando el paisaje que tenía ante sus ojos se teñía entero de blanco. Dolía como cuando el viento de la tormenta de nieve golpea la cara con fríos y afilados cuchillos de hielo, cortando la piel y quemándola.

Hasta allí llegaba la luminosidad del castillo, pero no los aromas, cánticos ni risas de las gentes que celebraban.

—¡Dios salve a la princesa! —dijo, con un deje de desconsuelo y tristeza antes de depositar en medio de los calientes trozos de pieles que cubrían la cama a su hijo único, que ya dormía profundamente. Miró en derredor antes de sacarse sus deslustradas y viejas botas. Una tosca mesa de veteadado alerce, un par de sillas de pino, una aherrumbrada chimenea que también servía de cocina, dos ollas de arcilla y un cubo de madera para acarrear agua. Eso era todo lo que dejaría a su hijo como herencia. ¡Ah! Sin olvidar la desarrapada cama

y el hacha de filo desdentado que descansaba detrás de la puerta, tan vieja como el leal perro que dormía a pierna suelta cerca del rescoldo de las tibias cenizas que no terminaban de enfriarse.

—¡Y también al rey! —dijo una vez más antes de volverse hacia su hijo y acurrucarlo contra sí. Y sus sueños volverían a repetirse. Rumiaría viejos y agradables recuerdos de tres o más años atrás. Eran los que más deseaba degustar en su cansada mente.

Porque desde hacía tres años una parte de él había muerto y la otra, un pequeño aliento de vida quizá, viviría solo para su hijo hasta que este se hiciese mayor.